

—¡Hablas con tu corazón, muger, ó engañarás las esperanzas de un padre!

—Quiero como tú vengarme, y todo está dicho.

—Muy bien, haré lo que tú quieras.

—Toma estos vestidos de muger y ven, que yo te colocaré frente á frente de Rascon Fernandez. ¿Tendrás miedo!

El capitán por toda respuesta, se puso los vestidos, y ocultó bajo el rebozo sus luengos bigotes.

—Perfectamente: ahora llamada á nuestro teniente y dadle estas escalas. Detras del edificio de la hacienda hay una claraboya, y esta claraboya dá precisamente á la pieza donde vereis á Rascón Fernandez y á Rosa. Que vuestros soldados se deslicen con el silencio de una pantera, por estas rocas y matorrales, fijen la escala, y... lo demás queda de su cuenta.

—¿Y los centinelas? Los centinelas han bebido esta noche mas aguardiente del necesario, y pueden ser que ya estén dormidos.

Con estas seguridades, el capitán dió sus competentes órdenes á su tropa, y se dirigió en seguida al castillejo acompañado de Micaela. Encontraron con efecto con algunos centinelas casi ébrios, que les detenían el paso; mas luego que reconocian á Micaela, la dejaban pasar.

Entraron pues al patio, y se internaron en un callejon oscuro que conducia á la escalera.

Al subir el primer escalon, se sintió asido por dos brazos nervudos que le oprimian el pecho, como si fueran tenazas de hierro.

—Traición, exclamó el capitán, procurando desasirse; pero antes de que pudiera gritar mas, ó usar de algun movimiento, sintió que lo liaban fuertemente con cuerdas, y casi al mismo tiempo escuchó un gemido agonizante.

—Jesus, Jesus mio, perdóname.

—Luces, gritó Ruiz.

Un soldado trajo una hacha encendida y el capitán Celestino vió á Micaela revolcándose en el suelo cubierta de sangre, y á un viejo alto y descolorido con un puñal en la mano.

—Cobardel! dijo el capitán Celestino, lanzando una mirada terrible á Ruiz.

—Era una mullata traidora á quien me fué preciso quitar de enmedio. Esta noche la seguí y teniendo algo me propuse esperarla. Como salió sola y volvió acompañada, fué preciso castigarla á ella y anarrar á su buena compañera de bigotes.

—¡Maldado!

—Tira en el foso ese cadáver, Matias, continuó Ruiz, en cuanto á vos, señor, nuestro capitán Rascon se encargará....

Subieron, pues, la escalera, y entraron en la recámara de Rascón, el cual aun estaba sumergido en sus meditaciones. El ruido que hicieron

al entrar lo sacó de su éstasis y con voz bronca dijo:

—¿Quién va?

—El capitán Pedro Celestino, á quien la desgracia ó una traicion infame ha conducido á tu presencia.

—¡Pedro Celestino! exclamó Rascon sobreltado, poniéndose en pié súbitamente como si hubiese sido impulsado por un resorte.

—El mismo que te ha batido mil veces en el campo de batalla; el mismo que luchó cuerpo á cuerpo mas de una hora y te dejó tendido en el campo cocido á puñaladas; el mismo cuya esposa asesinaste y cuya hija robaste cobardemente. Mi vida eterna daría porque un cuarto de hora soltaran estos cordeles que me oprimen y me pusieran con mi espada frente de tí y de tus infames secuaces.

—Silencio, viejo, gritó Rascon encarándose con el capitán y amagando darle una puñalada en el rostro.

—Eres muy despreciable y muy vil, Rascón, y no hago caso de tus amenazas.

Al decir esto arrojó á la cara del capitán una saliba, este sacó su puñal y alzó el brazo para herirlo; pero se contuvo, y bajando lentamente la mano dijo con calma:

—Capitan Celestino, por última vez en nuestra vida voy á proponerte un convenio que nos ponga á ambos en paz. Aguarda.

Rascón abrió una puerta, se introdujo por ella y á poco salió acompañado de Rosa, pálida, con unos ojos llenos de lágrimas y su cabello blando flotante por la espalda como la Magdalena de Carlo Dolci.

—Me das á tu hija por muger, Pedro? dijo Rascón.

—Jamás, contestó el veterano.

—Rosa, continuó Rascón, tomando una pistola y apuntando al capitán, ó me prometes ser mia eternamente ó....

—Padre mio! exclamó Rosa cayendo de rodillas.

—No, Rosa, no accedas, dijo el capitán con voz firme: ese hombre es el asesino de tu madre....

—Silencio, capitán, gritó Rascón y luego dirigiéndose á Rosa á quien tenia asida de un brazo le dijo:

—Diez minutos tienes para resolverte: ó juras ser mi esposa y entonces seré el amigo de tu padre; ó si no, verás caer á tus pies su cabeza.

—¡Dios mio, Dios mio, amparadme!... ¡Rascón será.... perdonad á mi padre, retirad esa arma con que amagais su vida.... toned piedad....

—¿La has tenido tú de mí, Rosa?

—Esperad: yo me resolveré, haré un sacrificio....

—Jamás, Rosa, jamás, dijo el veterano enérgicamente; recuerda que es el asesino de tu madre y que si le prometes lo mas leve, te arrojare mi maldicion.

—Rosa, ¿qué dices? preguntó Rascón.

—Que jamás será vuestra, contestó la muchacha enjugando las lágrimas con sus propios abellos; que quiero obedecer á mi padre.

—Gracias, hija mia: eres digna hija del guerrillero de la independencia mexicana. Disparad, Rascón, y acabemos de una vez.

Rosa repentinamente arrebató el puñal que pendia de la cintura de Rascón, y retirándose algunos pasos dijo sonriendo:

—Disparad ahora, capitán, no os temo, pues me iré á juntar á la tumba con mi padre y con mi pobre madre á quien habeis matado cobardemente.

—Piedad, compasion, Rosa mia, exclamó Rascón desviando la pistola de la frente del veterano.

—Poned en libertad al momento á mi padre, ó me daré la muerte.

—Rosa, haré lo que quieras; pero serénate: esas facciones, esos ojos indican que has perdido el razon.—Rosa, Rosa.... Ruiz desata al capitán, ponlo en libertad....

—A la otra vida lo despacharé, murmuró el viejo sacando el sable.

En esto un tiro partió de la claraboya é hizo saltar el cráneo del viejo Ruiz, el cual cayó vertiendo torrentes de sangre por la boca. Inmediatamente multitud de soldados se dejaron caer por la claraboya y Rascón se vió amenazado por Rosa que le puso el puñal á la garganta.

La tropa de Rascón ébria y dispersa opuso muy poca resistencia, y pasada una hora el veterano Pedro Celestino salia del castillejo acompañado de su hija y llevando preso á su antagonista Rascón Fernandez.

## IX.

A los dos meses de estos sucesos y una mañana espléndida y diáfana, en que no empañaba el cielo ni una sola nube y el sol enviaba á la tierra un agradable calor, se divisaba por una cuesta elevada que se halla entre los caminos de Guanajuato y San Luis de la Paz una partida hasta de cincuenta soldados con sus lanzas con banderolas negras y sus sombreros jaranos. A la cabeza de esta guerrilla venia un viejo robusto, de gran bigote y junto á él cabalgando en un lindo alazan dorado, una jóven hermosa y fresca como las azucenas de la selva. Cuando llegó la tropa á lo mas elevado de la cuesta se detuvo.

—Traedme al prisionero, teniente Bustos, exclamó el viejo de bigote.

El teniente Bustos se dirigió al centro de la guerrilla, y condujo al prisionero ante el gefe.

—Os he dado tiempo, y os he suplicado mucho, Rascón, que arregleis vuestras cuentas con Dios, y procureis salvar vuestra alma.

—Os he dicho que Dios me ha abandonado, capitán, y que no puedo alcanzarle su perdón.

—Os engañais, Rascón: Dios perdona los mas grandes crímenes, y los hombres no podemos hacerlo. El asesinado de mi muger ós lo habria perdonado; pero la deshonra de mi hija... ¡jamás. Venid.

El capitán Castaños condujo el caballo en que estaba liado Rascón, á la orilla de la cuesta.

—Ved, le dijo.

Rascón apartó la vista exclamando:—Jesus, ten misericordia de mí.

—Es un precipicio de trescientas varas de profundidad, y allá en el fondo hay un río erizado de peñascos. ¿No es verdad, Rascón?

—Es verdad, conozco este sitio. ¿Y así debo morir?

—No hay remedio.

—¿No podré obtener piedad, capitán Celestino?

—Ninguna, capitán Rascón.

—Entonces....

—Llamaré al capellan, y confesaos.

—Estoy pronto.

Celestino llamó al capellan, el cual escuchó los pecados de Rascón, y habiéndolo absuelto, se prosternó de rodillas ante el veterano, pidiendo la gracia del reo.

—Alzad, padre mio, alzad: este hombre es asesino, incendiario, adúltero, raptor y ladrón, y no debe vivir mas entre la raza humana.

El capellan se levantó, y cruzando los brazos se retiró en silencio.

—Ven, Rosa, por entre estos árboles.

—¿Va á morir Rascón? preguntó Rosa, asustada.

—No, hija mia: está enfermo y ha querido confesarse: ahora se le va á dar otro caballo.... Ven.

El capitán y su hija se apartaron del camino.

Entonces el teniente vendió los ojos á Rascón, y lo condujo á la orilla del precipicio.... Despues, con el cabo de una lanza lo empujó por la espalda, y.... un ruido sordo y prolongado, anunció que Rascón Fernandez rodaba haciéndose el tráneo pedazos, hasta el fondo del precipicio.

El capitán y Rosa volvieron adonde estaba la tropa: el teniente dijo á su gefe:—Todo está concluido, mi capitán.

—¿Dónde está el prisionero? preguntó Rosa sobresaltada.

—No es nada, hija mia, la querido huir, y se ha caido en ese precipicio.

—¡Dios mio!

—¡Lloras, Rosa!



—Si, padre mio: al fin me amó mucho, y llevo á su hijo en mis entrañas.

El capitán miró á su hija y derramó una lágrima; mas recobrando su valor, dió las voces de mando, y la cabalgada se puso en marcha y desapareció en breve en un recodo de la montaña.

Noviembre de 1843.—MANUEL PAYNO.  
(Escribo para el Museo).

### FONDA DE EUROPA.

“Algun demonio incubo, empuja á la diablo de mi fantasía, para la hace parir tan malas monstruosidades”. *Tout va mal* veces sea comiendo, y me libro de sueños tan endemoniados.—*Barca de Aquarone.*

TORRES DE VILLAROSA.

Famoso título para un artículo, amabilísimos lectores! Hombres que como Balzac manejan el escarpelo de la crítica, de él sacan notable utilidad. Pero ¡guay! un triste padre de propaganda que camina de zoga en colodra, buscando infieles que catequizar; un reverendo que vé casi derrumbado su instituto, por la venida de los agudos discípulos de Loyola; un misionero en demanda de crédulos catecúmenos, al presente que es el siglo de oro, me parece un anacronismo, y no lanzará por su boca el rayo de la irresistible palabra religiosa; mas bien tomará la pluma del escritor fanelico, mientras engulle los mendrugos de pan, con que le brindan en su miseria.

Hice voto de castidad, como de pobreza, y ambas cosas las he observado rigidamente; y temais por tanto que os corrompa; permitidme que os hable alguna vez, de las observaciones hechas en casas donde manjares apetitosos, con olor provocativo, me hacían pasar los tormentos que se padecen en el purgatorio de San Patricio.

Una de las verdades que me asaltan cuando el hambre me acosa, es que nada existe mas cosmopolita que una fonda; nada mas conciliador que un cocinero: esto esplica por qué individuos de distintas creencias, de diversas opiniones políticas, y opuestas regiones, yacen congregados bajo el mismo techo.

No importa un bledo que haya poca educación en los compañeros de mesa; el hambre con mano de hierro, á sufríroslos nos fuerza, y quíerase ó no, hay que tolerarlos. Por esto pasais sin parar las mientes en los desmanes de nuestros vecinos los americanos del Norte, quienes tienen la costumbre graciosa de poner la bola del tabaco que mascaban, en la cornisa de la chimenea; por la misma causa los veis que os arrebatan las sillas de las manos con riesgo de romper el esternon, y no hacéis caso de ese sistema de comer muy suyo, que es arrojarse

se con furia loca sobre los manjares, tomar su ración, devorarla, y en el mismo plato servirse nuevas viandas, y otras mas para engullirlas.

¿Qué os importa verlos que sin punto de reposo beban el café, y acabado éste vuelvan á tomar el tabaco que antes mascaban? ¡A qué irritarnos por aquel su peculiar y continuo escupir! ¡A qué hacer caso de la rabia que tienen por lo general todos ellos, de apantear negocios, y que convertidos en galgos, corran por esos trigos para fatigarse muchas veces sin hacer nada!

Dejadlos pasar: ellos tienen la manía de aparecer ocupados perdurablemente, de ser los mas sabios, los mas patriotas, los republicanos del mundo por excelencia; y el mejor castigo que podéis darles, no es otro, sino fingir que no los veis. ¡Qué! Nada os indican sus cabezas siempre levantadas y tiesas, como si estuvieran clavadas en picas, sus sombreros continuamente puestos, y que su mentida sencillez no es mas que pura vanidad!

Envidiadles la veneración con que miran al patriarca de su independencia, al celestial Washington; seguidlos en el ejemplo que os dan, acatando sus instituciones; tened amor á vuestra patria; mas no habléis por las narices á ejemplo suyo, no os limpiéis los dientes con la navaja, ni seais tan idolatras del oro, ni tan perdidós con vuestros vecinos como son ellos, ó guisa de sus padres los rapacisimos ingleses.

“Hémos ya en la ruidosa, en la inteligente revolucionaria, erudita, sapientísima y lechuguina ciudad de París. Nada podemos añadir á lo que tantos viajeros han escrito, ni es incumbencia nuestra, hablar de sus calles fangosas, de sus variados paseos, de sus grandiosos monumentos, ni de sus teatros, donde reina gusto tan vario, que si sois amantes de las monstruosidades artísticas, á manos llenas se os representarán en el *Ambigu cómico*, en la *puerta de San Martin*, ó en la *de San Antonio*. Si gustais de lo ligero, mas al centro de París moderno, vereis el de las Variedades, y no lejos del severo teatro francés, llamado así por excelencia, gozareis de las zarzuelas que autores conocidos vuestros dán al público, en las cuales veis pintada muy al vivo, la vida íntima de los franceses. ¡Y la *grande ópera*, con su orquesta monstruosa, con sus decoraciones tan sorprendentes como perfectas, con tanta riqueza, propiedad y lujo de sus autores, con aquel conjunto mágico, que al verlo dudais si estais soñando! ¡Y la italiana mezuquina comparada con esta; pero mas en boga para los pisaverdes, para las graciosísimas francesas, que son capaces de reñir con sus maridos á todas horas, por conseguir el abono! La ópera italiana, tan irreprochable respecto de sus actores, es la mas apreciada de

los artistas, porque allí está la fuente donde beben sus brillantes y originales inspiraciones.

“Dejemos la ópera cómica, graciosa, *coqueta* (con perdon sea dicho del buen hablar castellano; considerada nada mas que como un templo en que brillan la novedad, y hábiles *cantantes*; así como el receptáculo de jóvenes lindas, y de hombres ruidosos antes de la representación; pero llenos de beatitud al escuchar los voluptuosos gorgéjos de la seductora *Damoreau*. ¡Peste! París, no hay duda, se hizo para la juventud, aunque tambien hallan consuelos viejos ríctos, con tantas criaturas condenadas á la vergüenza, y las dueñas quintaonas, amantes que gustan de sus rancias notomías.”

Esta ó semejante arenga, glosaba cierto grupo de jóvenes mexicanos, al rededor de una mesa del café de París.

Luego, dando un vistazo por la hermosísima sala, fijaron su atención en mí: entónces á una voz dijeron con absolutismo elegante:—“Parece que no ha inventado la pólvora ese vejete calva-trueno, y tomando la palabra uno de los mas *recherchés*, delgado, de mediana estatura, moreno de color, y bastante pálido, comenzó á charlar de esta suerte, alargando hácia afuera los labios:

“Ninguno paga el almuerzo, sino yo: pido ser declarado presidente de la reunion (aplauso prolongado de aprobacion): “A mí me toca poner orden á la discusion de vdes., si es que ha de haberla, y por derecho gozo la prerrogativa de escoger los platos.

“Gascon!... Pero yo no hablo bien el francés, si fuera el inglés... Truxequé, dígame vd. que nos traiga pollo salsificado á la margengo, pavo tartárico, perdices á la diablo, ó diabólicas para cuatro (1). ¡Ah!... No se olvide el canapé á la inglesa.

“Ya saben vdes., amadísimos co-hermanos, que si algunos vinieron á estudiar medicina, bellas letras, y el arte del maestro, *en fait d'armes* (como diria de la esgrima un ramplon), nada de todo ha sido para nosotros, objeto de profundo ni ligero estudio.

“La moda, esa venerable y voluble diosa, es la que tan solo recibe nuestros obsequios; la moda, quadradero de cabeza para las diminutas, retrecheras y graciosísimas mexicanas; la moda que es nuestro mayor embeleco, sea el primer *sujet* de nuestra libacion.

“A la moda, la nueva-mexicana juventud.” Aquí hubo choque de vasos, y la voz robusta del blanco y apuesto Truxequé tronó diciendo: “Señores, *rubis sur l'ongle.*”

Al llegar á paso tan dramático, D. M. O. es-

(1) Según las minuciosas, variadas, interesantes y eruditas observaciones del viajero D. M. O. se infiere que ocho eran los concurrentes.

plificar que rigurosamente significa esta frase la última gota de vino que se derrama y se bebe sobre la uva; pero yo me sonrío con el recuerdo de que el orador que bebió por la moda, fué diputado liberal en 1840, y al antiguo partido de que fué miembro, dá el nombre nervioso y elocuente de *canalla*, en esta época doble, en un siglo de transición. ¿Cuán sabia y energética es la voz del convencido patriotismo, siempre que acompañada va de un empleo lucrativo!

Volvieron á sentarse los jóvenes amables, y despues de frases interrumpidas, y de agudezas de no muy buena moral, preguntó al presidente un joven flaco, de lenguaje pausado, de pelo negro y ensortijado:—¿Cuándo te vas á desempeñar á Roma *Peterna* tu mision de secretario de la legacion? Pierdes aquí el tiempo miserablemente, la nacion te paga por servir allá, y tú entre tanto, no haces mas que andar de las Tullerías á la ópera, de esta al *concerto Musard*, y del concierto al perfumado teatro de... .

“Bah! Esclamó el secretario Fonte.—¿Qué mejor diplomacia puede haber, que tratar á lindas mugeres! ¿Qué mejor estudio de economía política me das, que recorrer los *Baluartes de París*, en donde se vé claramente que el comercio es la fuente de la riqueza pública, y el vapor que á tantas máquinas industriales dá perpetuo movimiento? Para qué devanarte los sesos con el de la historia de las naciones, si el corazon humano es el mismo, si son iguales ahora que antaño las pasiones, y si en los monumentos que miro, encuentro imágenes vivas de las diversas fases de la sociedad?”

“La Magdalena, por ejemplo, la Magdalena me revela que Napoleón con el gusto italiano inyectado en sus venas, quiso establecer en París un modelo arquitectónico, que recordara los felices tiempos de Augusto, y al fundar un templo, intenté destruir con la religion, los recuerdos de gloria que habia dejado la revolucion de 792, á la cual todo lo debió, y á la que ahogó con su inmenso prestigio, con su saber, con su ambicion desmesurada.

“El edificio de la *Lofia*, no es el mejor indicante, de que el siglo XIX por moda religiosa es puramente especulador! No manifiesta que así como Francia rindió culto á la razon, allá en época tempestuosa, sin escuchar otra, mas que la de propagar una guerra mortal á todas las creencias y á los tronos, mientras que hoy tan solo debe y quiere adorar al becerro de oro! Los nombres de Génova y Amsterdam, los de Londres, Hamburgo, y otras tantas ciudades altamente comerciales, escritas en sus paredes con relieve sorprendente, no dicen que á la usura y al comercio viven avasallados magnates, pecheros, príncipes, reyes y naciones.”

“Ved si soy diplomático: hablad á Inglaterra



de que suyo será el comercio de México, de que no permitiréis adelantos industriales en vuestra patria; de que sus tejidos no serán, cargados de derechos; y estad seguros de su amor, y de que la pondrá sus hijos en los cuernos de la luna. Pero si le suplicas que no pretenda envencenos con su ópio; si á nombre de vuestros miserables artesanos le rogáis que os deje desarrollar vuestra capacidad industrial, ella que no se cura de lo que llamamos honrosos y honesto, gritará: "La nación británica está ofendida, queréis empañar su radiante gloria, y..." Muy grande será la que vuele del escritorio de un judío, y por entre la espesa nube del humo de carbon de tierra que despiden sus infelices isloles (Vivios aplausos y ruido de copes).

Prosigue el liberal renegado:—"En apoyo de mi tesis general, réstame hacer presente, que ese obelisco levantado en la plaza de Luis XV, en vez de la guillotina de Marat, será el emblema de que el rey ciudadano, aunque guste de hacer la guerra á naciones como la nuestra, mejor quiere introducir su política en Egipto por medio de pasteles, que comprometerse en una lucha con la caballerosa Albion, con sus hijos los filibusteros, con ese compuesto de estravagancia y avaricia comercial.

—"Señores: acabóse la época de que los hombres se mataran por la gloria y el amor; sucedió á entrambos el egoísmo; al valor, el cálculo; á la sinceridad, la falacia; no habéis de morir sino de pesetas, y si por desgracia tomáis el nombre del pueblo, sea para llamarlo camello que se hinea delante de quien le carga. Emplead ahora solo la voz de *religion*, para causar todo el daño posible, y que no os paguen con la misma moneda; pero si no horraís las palabras de *humanidad* y *deber*, de nuestro diccionario, seréis la heña de todos, y exclamarán: "¿Qué diablos quiere por aquí este romántico?"—He dicho, mis amigos."

Aquella reunion de jóvenes lo abrazó, y se dió por convenida de sus argumentos sin réplica, cuando sobre todo les aseguró que para conocer el corazón humano y los grandes trastornos sociales, no era necesario estudiar.

Mucho les agradó también la idea de que nuestro orador iba á escribir cierto libro con el original título que sigue: "*El Pescante en cotes*, ó el Secretario de cualquiera legacion mexicana."

—Por supuesto que á tí no te olvidaré, mi querido Pipereta, bien que seas oficial de la embajada al rey de Prusia, y aunque la mision de Roberto Macario, tenga el resultado que de la del gran Tamerlan.

Al oír el nombre de Roberto Macario me quedé petrificado, porque recordé que me debía ciertos reales, y acercándome al flaco pipereta

con respetuoso talante, le pedí noticias pecuniarias del militar diplomático.

—"Ay amigo! Quiera quiera que vd. sea repelido, no se acerque á su morada, pues que se halla en visperas de dar el colado. En lugar de pagar á vd., pedirle prestado; aquí, en París, entre la flor y nata de los fulleros, es ya su nombre célebre, y el objeto del singular y cariñoso cuidado de la policía. Contemple vd. que ya encampó con el célebre Vidocque, y esto le explicará."

—"Vd. cobrar y el pagar! Qué donosa ocurrencia! Debe á judíos, á ropa-vejeros, á joyeros; debe á las once mil vírgenes, y aunque vd. se queje á Poncio Pilatos, nada recabaré, porque hasta sus uniformes tiene empañados en el *pasadizo de los panoramas*. Behar á un tenaz y hambriento marrano, de una frondosa y tierna *milpa* (1), es mas fácil, que sacar un cuarto de su cajuta bols."

Concluida tan precisa cuanto cruel arenga, me volví á mi asiento, y vi que tomaron los jóvenes el último trago de despedida, en honra y gloria de México, que tan generosa providencia es para nacionales y extraños. "Nadie podrá decirme, prosiguió el orador, que son inútiles los jóvenes agregados á nuestras legaciones, ni menos sus secretarios, cuando al dextramar en Europa nuestro rubio y juvenil oro, manifiestan que somos altamente ricos. Si me objetan que por acá no hay necesidad de nuestros servicios, yo responderé, que pues he pagado por dos horas de charla, trescientos francos en la fonda, mas *fashionable* con tan selecta compañía, no puede hacer la república cosa mas santa, que mandar ministros á todas partes, con sus correspondientes sanrujuelos, digo, empleados. Así lucirá sus talentos predilectos, sus hombres de estado y su lozana juventud!"

—"Señores, hasta mas ver; mañana marcha para Roma..."

Todavía oi por segunda vez la palabra *Roma*, que se ahogaba con el ronco susurro de aquella colmena de seres racionales y brutos, que sin cesar se agita en los *Baluartes de París*.

## II.

Aseguro que á imitacion de la mayor parte de los hombres, me hallaba en aquella dichosa posicion, de uno que imagina cumplir con su deber estudiando las estravagancias de nuestra indefinible raza. Diré pues, que *hacia castillos en el aire*, ó *castillos en España*, ó á fuer de buen inglés me complacia en *to build Castles in the air*.

—"Para qué indica vd. una misma idea con distintos palabras, me preguntará cualquiera!"

(1) Voz provincial, con que se denomina la sementera de maíz nacido.

—Para seguir el ejemplo de nuestro viajero D. M. O. que piensa encontrar el espíritu de la nacion que observa, en un refran usado por varias, según entiendo. De otra suerte no es posible explicar tan extraña manía. Pero, ¿quién no tiene la suya en este mundo subterráneo?"

Esperaba pensativo y entregado á sabrosas memorias la venida de un compatriota mio, en la fonda llamada de *las mil columnas*. Las salas cómodas de semejante parage, se veían completamente llenas de toda clase de personas y secos. Por aquí aparecía el jóven leyendo con avidez el periódico republicano; por allá un grupo de provinciales contemplaba el *Petit Courrier des Dames*, y echando una mirada de admiración en su vestido sin gracia, y de gusto estravagante. Al menos tal idea se tiene de lo que no es parisiense, tan luego como ve uno lo perfecto é irreprochable de todas y cada una de las partes que componen el traje de un habitante de París.

Había extraordinario movimiento en aquel laboratorio de la gula, y el desenfreno de las pasiones carnales se hallaba en el mas alto punto de furor.

Los campos no bastaban para producir toda la variedad de hortalizas con que saciar el apetito de un viejo abultado de vientre, de rostro rubicundo dividido en dos territorios inreducibles, á saber, lo que se llama propiamente la cara, y una papada en donde rodaban antes de salir las palabras del voraz personaje. Daba veces el miserable luego que consumia lo que tenía delante para que le trajeran toda clase de pescado, y mil golosinas que se hallan en esos diccionarios, que no listas de fonda; pero nada bastaba para saciar su hambre canina; llamó al criado, le preguntó el nombre de fiero semejante, y me respondió:—Llámasse Mr. Lowenstein padre: muy conocido es en la capital, porque no hay fonda que lo mantenga, y porque es padre de un hijo, que cándido como el que mas, tiene la idea peregrina de que es profundo en sus observaciones político-filosóficas, y de que escribe con el *humor* inglés, cuando el pobre viajero apenas cuenta con la pesadez austriaca, forrada con la ingratitude, la suspicacia y perdida griegas... Pero, Señor, no hay en el jardín de plantas animal de diente mas agudo, ni con hambre mas rebelde.

Nos hemos visto forzados á admitirle aquí en compañía de su padre, porque dan asco su bestial modo de comer, y su rabia en desgarrar la carne. ¿Cómo satisfacer el estómago hercúleo de semejantes farsos?

En aquel instante oi voces descompasadas, y las dabs cierto pisaverde, que iba en pos de un hombre gordo, de bella presencia, pero que te-

nia una mirada traidora, una mirada que revelaba su mequino corazón, su alma baja y februna.

—Detengan á ese ratero, señores; me debe un reloj que le presté para empuñarlo en Frascati, reloj que perdió en el juego y que no me paga; detengan al pillito mas redomado de la cristandad, al fullero mayor que calienta el sol...

Por entre tantas cabezas puede distinguirse... ¡lo activamí!—No al príncipe D. Miguel de Portugal, no lectores; sino al habillucio enredado y desvergonzado Roberto Macario.—Yo también reclamaba las pesetas que me debía, pero tantas gentes como estorbaban el paso, así como la marcha violenta del diplomático, y por mejor decir, la fortuna desecha de todo zángano, licieron que no volviése á ver nunca jamás á tan notable mexicano.

Asaz melindro me salí de la fonda sin haber probado nada, y en espera del informal compatriota. No sabía qué partido tomar, cuando el amable Estevan Arago se me presentó con aquel aspecto franco y alegre que lo caracterizaba.—Nunca consentiré, me dijo, que vd. coma solo esta tarde; vamos á tener una reunion de artistas, en la fonda mas al uso, el *Rocher du cancelli* sígame vd., porque ya no puede disponer de su persona.

Por una calle torcida y estrecha, vi la casa que tanto me recomendaba mi amable compatriota: nada favorable indicaba su exterior; pero cuando nos pusimos á comer, conocí la certeza del refran español: *bajo una mala capa, sueña haber un buen bebedor*.

Las voces, las carcajadas que oíamos en el primer piso, eran el indicio de que los convidados nos aguardaban ya. Mas antes de pasar á la sala que ocupaban ellos, vi á un hombre alto, de pelo castaño, azules ojos, nariz aguilenta, pómulos salientes, y mostacho retorcido, su estatura seria de seis pies; era mas gordo que mediana, y tenía el vientre muy bien dibujado. Platos mas que apetitos nutritivos lo rodeaban, así como gran número de botellas: el molino de su boca no cesaba su accion, de suerte que bien se podía tomar como emblema del movimiento perpetuo: comía desesperadamente. El ruido de nuestros pasos lo sacó de su enagenamiento, y con la boca llena exclamó:

—Buenos días, Señor Arago, aquí me tiene vd. gozando de la vida; París nada valiera, si no tuviese tan buena cocina; pues por lo demás, juzgo que es inmoral, egoísta, y no puede compararse con Viena, mi patria.

—Señor conde, vd. con aforismo semejante, destruiría la buena opinion que disfrutan los pueblos, si tuviera fama de viajero en el mundo literario; afortunadamente no es así; yo lo celebro, porque con la predisposicion que vd.



tiene contra todo gobierno constitucional, á disfrutar de la nombradía del Barón de Humboldt, mojería vd. una cruzada contra toda la Europa meridional, y los pueblos hispano-americanos.

—No me jable vd., borque fera vd., todos son unos picaros que nos insolatan, negando la ponedas de un monarca absoluto, como las de nuestro emperador Ferdinando. Yo los binar segun merecen: desde ahora digo que son ladrones, estúpidos, corrompidos, vanos y...

—Señor Lowenstern, tengo el honor de presentar á vd. un sacerdote mexicano.

—¡Ah! ¿Qué raro! Es vd. mexicano, y viaja y habla francés?

—¡Partidiez!

—Perdone vd., Señor americano, que dudo que jaya en México quien hable lenguas extranjeras: en fin, feo á vd., y dudo que sea de ese país.

—¿Por qué?

—Tengo mis ideas, mi modo de fer las cosas, y un sistema particular para fiagar: sobre todo, eroo imposible que ningún margucano tenga falor para sebararse de su patria, pues nada lo anima para pescar la instrucción.

—Señor conde, le interrumpió Arago, permítame vd. hacerle la observacion de que el moderado continente, con que á vd. responde mi amigo, prueba claramente que hay mas cortesía en la educacion de los mexicanos. Por cierto que no le dá vd. la mejor idea de nuestra hospitalidad europea, cuando insulta á una persona, ni de nuestra lógica, cuando sin cesar promueve á un pueblo como el francés, lo tacha de mil defectos, y al mexicano lo pone, sin conocerlo, en el último eslabon de la cadena social. Finalmente, la odiosidad de la cuestion que vd. promueve aquí, no es el mejor argumento de su buen juicio, ni es correspondier caballerosamente á la presentacion que le hacia del americano, insultarnos con grossería. Si tal es el sistema de los caballeros austriacos, si pagan la hospitalidad con la calumniam, si hablan de la cobardía de los demas hombres, á quienes vió siempre las espaldas el soldado francés, fuerza es convenir que se han trocados los papeles; pero será muy conveniente separarnos. Dios guarde á vd.

El Señor de Lowenstern, se quedó abriendo la boca con un aspecto estúpido, sin responder á nuestra salucion.

Pasamos á la sala que nos tenían dispuesta para el convite, y mi buen conductor me presentó al reformador Victor Hugo, al autor de *Chatterton*, Alfredo de Vigny, á Soulié, á Balzac, que acababa de publicar su *Balthazar Claes*, con aplauso de todo París, y á otros escritores célebres, de cuyos nombres no me acuerdo. Cuando llegó á la presentacion de las se-

ñoras, no cabia en mí de gozo, pues veia sin la máscara de actor á la inimitable Mars, á la Dorval, tan sensible, inteligente y completa, en los dramas, á la jóven Rachel con su aspecto israelita, y su gracia y melancolía seductoras.

Habiéndome llamado la atencion la voz hueca y sonora de uno de los concurrentes, pregunté al Sr. Arago quién era.—Tiene vd. razon de recordarme que no le he puesto en contacto como debia, con nuestro trágico Bauvalais, con el discípulo de Talma Lagier, con uno de nuestros mejores cómicos Monrose, con Pablo Delarcho queba compuesto el bello cuadro de Juana Gray, tan lleno de pasion y de vida; presentaré á vd. finalmente al Sr. Imbres, autor del martirio de San Sinfirino, cuya correccion da dibujo no tiene semejanza, y que tanto ha dado que decir á los inteligentes, sin que por esto deje de ser la gloria de nuestra pintura nacional.

No me saciaba de ver á tan célebres personajes, y pendiente de sus labios como si fuesen oráculos, no hacia caso ni de sus modales tan llenos de elegancia, ni de aquella perfecta indulgencia que tienen los franceses ilustrados con cualquiera extranjero.

Sentados para comer, la conversacion se hizo general; reinó el orden mas perfecto: era de ver cuán tolerantes se manifestaban todos en materia de gusto. El Sr. Delarcho no entraba en contradiccion con Imbres, que mejor pintor, y con dibujo mas severo, representa de diverso modo los objetos; tampoco se ofendia éste de que Victor Hugo prefiriese el colorido de la escuela flamenga al de la francesa. La nunea bien celebrada Mars no mostraba desagrado porque madama Dorval fuese superior á ella en el *Angelo*, y que la juzases inimitable en el drama de *Chatterton*. Bastábale su gloria pasada y los aplausos con que la recibió el público cada vez que se presentaba en los papeles de damas jóvenes.

Yo tan vieja, decia, no sé cómo soy tan aplaudida cuando represento á Susana en el *Casamiento de Figaro*.

—Es respondió Balzac, que vemos en vd. la tradicion viva de las maneras elegantes y graciosas de la corte de Luis XV. Es que la voz tan flexible y melodiosa que vd. tiene, ninguna jóven la posee: intérprete de la naturaleza vd. como nadie, ninguno puede disputarle sus talentos; hé aquí la razon por que no queremos que vd. se separe del teatro: sin vd. se rompería el modelo mas acabado del talento cómico y de la verdadera inspiracion dramática.

—Ecesagera demasiado el Sr. Balzac, replicó ella; ¿dónde deja vd. á la señorita Anais?

—No disputo su saber; pero ella no tiene conocimientos tan varios y estensos como los de vd., interrumpió Monrose, quien dejó la con-

versacion de Vigny, por dar la preferencia á la Talia francesa sobre su propia madre.

Ligier y la Dorval, comenzaron á traer á la memoria el triunfo de los poetas franceses: hablaron de las traducciones de algunos jóvenes; pero sin emplear aquel tono absoluto que usan, segun sé, con los traductores mexicanos, ciertos actores de nueva estofa que nos han importado de la Habana, una escuela de declamacion bastarda, que veo aplaudir por un público que se dice ilustrado, elegante y gracioso, por el público campechano de Nuevo-México.

—Ya cae en desuso el sistema declamatorio de la *Giorges*, tan chillon, dijo Julio Janin. A fuerza de representar dramas espasmódicos y patibularios, en los que no se ven mas que caracteres de condenados, y rabia de todo género en vez de pasiones, nada extraño es que á su voz gritona y tono áspero, haya cedido el campo la representacion llena de inteligencia que antes tenia. Es un modelo pésimo para los jóvenes actores, que las mas veces se deslumbran con los aplausos, no del público ilustrado y sensible, sino del compuesto por taberneros, especieros, artesanos y pisaverdes. Todos ellos no buscan ni la verdad histórica, ni el fin moral del drama, ni los sentimientos tiernos ó vehementes del alma, en todo su esplendor y escatitud: ¿sabéis lo que quieren? Una pesadilla.

Por qué recuerdo yo esto siempre, cada vez que la señora Pelullo y Armenta se hallan en la escena, representando feroces y estúpidos melodramas! Esa *Cisterna*, esa *Brigida la azotada*, traduccida del francés al gavacho, en donde campea una diccion estravera: esos abortos de una imaginacion enfermiza y de almas nutridas con méfimas altamente inmorales, hablen por mí. Luego, díganme los padres de familia cuando ven temblar de horror á sus hijas, y encendidas de rubor al presenciar asquerosas escenas, si tal espectáculo se puede llamar escuela de las costumbres, en un pueblo morigerado.

Sin embargo, tenemos seis censores, tenemos autoridades que dejan correr á raudales el veneno de la corrupcion, en un teatro de moda. Eso tambien se aplaude con frenesí, y vemos descompuesto el semblante de niñas tiernas, que no pueden resistir las impresiones que causan cuadros de inmoralidad terrible y completa. Acompañados despues con los sollozos de la protagonista, que se me antojan gruñidos, venga en armonía cierta gesticulacion angulosa, y no habrá mas que pedir, pues ella me recordará la de ciertos mascarones de iglesia gótica.

Pero prosiguiendo mi narracion, aseguro que á medida que se vaciaban las copas de vino de Borgoña, mas se animaba la conversacion entre los convidados: á pesar de la divergencia de opiniones que habia entre los personajes allí

reunidos, todos se prestaban á escucharlos con la mayor bondad, y cada uno cedía á las razones que cualquiera esponia, en lo que juzgaba que eran exactas.

Arago, bebiendo por el triunfo delle ideas republicanas, fué correspondido por Vigny que opinaba de distinto modo: Victor Hugo brindando en honor del romanticismo, recibia las felicitaciones de Janin. Llegó el momento de que Federico Soulié bebiera por la gloria literaria de España, y todos lo verificaron en pié.

—Antes de sentarnos, dijo Victor Hugo, hago presente á todos los circunstantes, que Pedro Corneille, mas que ninguno, merece los recuerdos de todo verdadero poeta francés. A él debemos que la masa trágica levantara su vuelo hasta los cielos, y desde entonces podemos decir que tenemos teatro; pero en la *comedia*, señores, en esa parte quizá la mas difícil del arte dramático, nos dejó el verdadero y mas exacto modelo que seguir. El sublime ingenio descubrió un tipo verdaderamente cómico, una debilidad nueva en la naturaleza humana, y lo puso con rasgos tan notablemente bellos, tan verdaderos, que su *Mentiroso* será el orgullo de la escena francesa. Tal vez sin él no hubiéramos tenido al hombre prodigioso y popular del mundo, hablo de Moliere, porque habria continuado escribiendo sainetes ó comedias que se representan por las ferias. Pero profundo Corneille en sus creaciones, se propuso antes que nada el fin moral del drama, sin el cual nada valdria toda produccion; mas ese fin moral ¿quién lo puso primero en práctica entre los modernos? ¿Quién lo inspiró al ilustre francés? Un mexicano, *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Debemos á él la *Verdad sospechosa*, que por sí sola bastaria para eternizar la fama de un hombre. Como todas las almas superiores, la de Alarcón jamas se acordó por las injusticias y envidia de sus contemporáneos. Vanamente aquel monstruo de la naturaleza, *Lope de Vega*, quiso confundirlo con mezquinos epigramas, para echarle en cara una irregularidad corporal: seguro de su mision sagrada prosiguió su marcha magestosa, y compuso nuevas comedias que deleitarán á los que se solazan en el ameno campo de la poesía. ¿Cómo explicar tampoco las pallas sangrientas que le asésó el Juvenal español, aquel prodigio de originalidad y erudicion, D. Francisco de Quevedo? Ambos ingenios eran superiores á la envidia, y no obstante ellos como los poetas que rodeaban á Felipe IV, no dejaron de la mano al vate de México. El mismo rey compuso una cuarteta hacia vacuena en su contra (1), ribioso del aplauso po-

(1) *Victor D. Juan de Alarcón,  
Y al fraude de la Merced,  
Por ensuciar la pared,  
Y no por otra razon.*



pular que gozaban las producciones de éste, y del fecundo y festivo Tirso de Molina?"

—«Señores: brindemos á la memoria del autor del *Tijedor de Segovia*, imitímosle todos en su constancia, y si descamos adquirir gloria inmortal, saquemos á luz caracteres nuevos como el de Un Maldiciente castigado, en el protagonista de *Las Paredes* oyen; presentemos caballerosos personajes, semejantes á los que componen la comedia de *Ganar amigos* ó la de *D. Domingo de D. Blas*. En ellas está la escuela del mundo, en ellas se nos presenta un espejo donde vemos no la sociedad de una época, sino la de todos los siglos. ¡Gloria eterna al grande escritor del *Exámen de maridos!*»

Llenos de buena fe y de entusiasmo, bebimos la última copa de champaña, y fuimos á pasar el resto de la noche al concierto de Musard, en cuya sala se hallaban congregadas las bellezas mas famosas de Paris. ¡Por qué de tanto esplendor, solo me ha quedado un triste recuerdo!

¡Lectores! Trayendo á la memoria los sucesos que llevo escritos, pasaba por la calle de Zuleta, y en el número 3 vi el rótulo siguiente tan presuntuoso, en letras gordas: FONDA DE EUROPA.

Una puerta con rejas de madera que á la entrada existe, fué lo primero que me llamó la atención; luego vi una sala pequeña, con mesas desahitadas, que están en contraposición del lujo excesivo que tienen semejantes lugares en aquella parte del Viejo-Mundo.

No hallé literatos, ni artistas, ni elegantes, ni grisetas, ni cosa que se pareciese á lo que habia visto. Dos artesanos franceses tomaban cerveza cada cual en su rincón aisladamente, con singular egoismo; se reconocieron, y uno de ellos preguntó al otro:—«Trabajas tú?—*Gu'yo a que les fainants qui travaillent* (únicamente trabajan los haraganes). Viva la república: lo corresponde á ella asegurar mi porvenir: tal fué su respuesta. Luego que hubo agotado el vaso, se saltó, incierto de miradas, y tartamudo de piernas.

Estos que así explican sus conceptos sin reboso, son los mismos que en sus hogares después nos llaman estúpidos: ellos tras de recibir entre nosotros las muestras mas sinceras de hospitalidad, no se creen obligados á la gratitud siquiera, pues juzgan que superiores á los mexicanos en todo, harlo favor nos otorgan con admitir nuestros obsequios. Vuelven á su país, pasa alguno de nosotros por cualquiera calle, y ve en sus esquinas escandalosos cartelones que anuncian *Un Viage á México*, donde solo está la caricatura de nuestras costumbres, *jamás la realidad*. Verdad es que hay entre nosotros personas sin urbanidad, que en teatros y en salo-

nes de baile guardan sus sombreros puestos, y soldados barbi-lampiños insolentes; pero tambien es cierto que por todas partes se observa lo mismo. La diferencia consiste en que las naciones europeas distraen con su brillo á los que hacen su panegirico, en tanto que para los sucesores de Moctezuma sobran plumas empapadas de sangre; falta la imparcialidad, y á costa nuestra quieren hacer el papel de Tácito. ¡Qué hacen ellos de una sola plumada? Descubrir su coquiquindad con sus caricaturas indignas. ¡Cujitados viajeros! ¡¡¡Pobre patria mia!!!

México, Noviembre 17 de 1843.—P. Calancha.

### EL FUEGO FATUO.

DESDE este sauce doliente  
Que al soplo del viento leve,  
Sus brazos lánguido mueve  
E inclina su mistia frente:

¡Oh postrimera morada  
Del hombre! yo te saludo,  
Y admiro con labio mudo  
Tu faz de duelo velada.

Morada donde el mortal  
Duerme en el eterno sueño,  
Bajo el ala de beleno  
De tu genio funeral,

A ti vengo delirante  
Con el cerebro abrasado,  
Lejos del mundo menguado,  
A reposar un instante:

A humedecer con mi llanto  
Las cenizas de los muertos,  
A abrazar sus cuerpos yertos,  
Y á oír el fúnebre canto

De ese nocturno agorero  
Que al caer de la tiniebla,  
La fria atmósfera puebla  
Con su acento lastimero.

Tierno, y agosto, y sagrado  
Tu silencio es ¡oh mansion!  
¡Cuán descansa el corazón  
En tus brazos entregado!

Como el estruendo se olvida  
De ciudades bulliciosas,  
Cuando descanso en tus losas  
La cabeza dolorida....

Mas ahora que ni zumba,  
Ni suspira el viento flébil,  
¡Qué luz se levanta débil  
De aquella modesta tumba,

Triste, como la mirada  
Postrimera de un amante!

Pálida, como el semblante  
De una virgen deshonrada:

Que se estingue, y de repente  
Renace mas encendida,  
Como el fuego de la vida  
De un moribundo en la frente;

Que en el suelo del panteon  
Misteriosa se derrama;  
Que alza su trémula llama  
E ilumina una inscripcion!....

Una inscripcion que mi mano  
Con tosea letra grabó,  
Do la historia consignó  
De una madre, de un hermano.

Una inscripcion que he regado  
Con lágrimas que el arbusto,  
Que ahora la cubre adusto  
Han sin cesar fecundado....

¡Oh fuego! que así importuno  
A mi memoria has traído,  
De un pasado ya en olvido  
Los recuerdos uno á uno;

Lámpara del cementerio  
Que mano ignorada enciende;  
¡Por qué mi alma no comprende  
De tu fulgor el misterio!

Tú cuando la noche impera,  
Y al mundo impio adornece,  
Y en los flámas se mece  
Su nocturna compañera;

Tú pálido y solitario  
De los sepulcros entonces,  
Tras la vibracion del bronco  
Del humilde campanario

Despiertas como la luna  
Tras la cancion vespertina,  
Del ave que dulce trina  
De su polluelo en la cuna.

¡Quién eres, pues, tú que ahuyentas  
Y haces temblar al insecto  
Con ese sombrío aspecto  
Que en la oscuridad ostentas!

Del ángel que esta mansion  
Melancólico preside,  
¡Eres el ojo que mide  
Su oscura dominacion!

¡O la antorcha del destino  
Que en el libro de la muerte  
Viene á mostrarme la suerte  
Que el Eterno me previno!

¡Eres el alma de aquella  
Que ahora en los cielos brilla

Tan pura, tan sin mancha  
Como rutilante estrella;

De aquella que sonreía  
Si en sus brazos me estrechaba,  
Y con cantos me arrullaba  
De maternal armonia;

Y ora embriagada en su amor  
Tierna besaba mi frente  
Cual la gota del torrente  
El pétalo de una flor;

Ora al porvenir mirando  
Lanzaba débil suspiro,  
Y una lágrima que aun miro  
Por su mejilla rodando!

¡Sí, tú eres esa alma pura  
Que de tu tumba ha salido,  
Llamada por el gemido  
De mi negra desventura.

Yo te vi cuando lloroso  
Bebí su postrer sonrisa,  
Ir en alas de la brisa  
Por el éter vaporoso.

Y perdiste en las regiones  
Do la luz es engendrada,  
Y por ángeles llevada  
En blandas oscilaciones.

Eres tú; sí, ven á mí,  
Espíritu celestial,  
Que en mi soledad fatal  
Siempre he evocado, aquí, aquí,

De mi corazón cansado  
Ya débil y sin latir,  
Ven en el centro á dormir  
Blandamente recostado.

Cual duermen tras los furoros  
Del agua y del aquilon,  
En los mares el alcion  
Y el rocío entre las flores.

Ven; en mi pecho tenerte  
Quiero un momento, un segundo....  
¡Bírmeme entonces el mundo,  
¡Hírmeme entonces la muerte!....

Mas te estingues.... ¡oh vision!  
No engañes así mis ojos,  
¡Mírame ante tí de hinojos....  
¡Dispareció.... fué ilusion!....

¡Ilusion! tú me condenas  
A sempiterno martirio....  
¡Ah! mi goce fué un delirio....  
Solo son ciertas mis penas.

México, Septiembre 25 de 1843.—RAMON I. ALCAERZ.





### LABRADOR CHINO.

El vestido común de los hombres, entre las clases labradoras, es notablemente bien apropiado, para dejar desembarazado el cuerpo; consiste en el otoño únicamente en unos calzones de algodón ligero, atado en medio, y de una camisa igualmente ligera, que cae sobre ellos. En tiempo muy caliente, se despojan enteramente de la camisa, y solo se dejan los calzones. Libertan la cabeza de los rayos del sol, con una especie de sombrilla muy ancha, de hechura de sombrero, construída de hojas de bambú tejidas, que en el invierno es sustituida por un sombrero de lana, y en tiempo de lluvias, usan una especie de capotillos, cuyo tejido deja por de fuera largas puntas ó tiras de bambú, por las cuales se desliza el agua, como de una mantelita. Una gran porción del paisaje no usa zapatos; pero muchos de él están provistos, especialmente los que cargan fardos pesados, de sandalias ó calces de paja, para proteger los pies.

Los dichos y proverbios favoritos de todas las naciones, se han considerado entre los mejores datos, para informarse de su carácter y condicón; y con este objeto se presenta en seguida al lector una colección de los mas usuales entre los chinos, que ha sido hecha sin ninguna consideración, en cuanto á su orden ó arreglo.

Un hombre sábio se adopta á las circunstancias, como el agua toma la forma de la vasija que la contiene.

Los infórtimos se olvidan, cuando las enfermedades comienzan.

El error de un momento, ocasiona el pesar de toda la vida.

Las enfermedades pueden curarse; pero no el destino.

Un espíritu vacío, está abierto á todas las sugestiones, como las oquedades de la montaña repite todos los sonidos.

Cuando el árbol está caído, desaparecen sus sombras. (Los parásitos desertan del poderoso, cuando deja de serlo).

Aquel que persigue al venado, no mira á las liebres.

Si se dejan las raíces, la yerba renacerá de el nuevo. (Razon dada para extermiar la familia de un traidor).

Relajacion en lo alto, produce negligencia en lo bajo. (En antoridad).

La piedra preciosa, no puede pulirse sin friccion; ni un hombre puede ser perfecto sin adversidad.

Lo que se dice al oído, es á menudo oído á cien millas de distancia.

Un hombre sábio, olvida antiguas querellas. Los ricos son mejores despues de la pobreza, que los pobres despues de la riqueza.

Un pájaro no puede dormir sino en una rama; un ratón no puede beber mas agua, que la que saca de un río. (Lo necesario es tan bueno como un festin).

Cuando el estanque está seco, se pueden ver los peces. (Cuando las cuentas están ajustadas, el balance ó utilidad aparecen).

No se pueden sacar dos pieles de una vaca. Hay un límite á la estorsion.

Es mejor no hacer lo que no se puede decir.

El tormento de la envidia, es semejante á un grano de arena dentro del ojo.

El que desea elevarse en el mundo, debe encubrir su ambicion bajo las formas de la humildad.

El deleite extremo, produce su contraste. Cava y limpia un pozo antes de que estés sediento. (Estar preparado para todos los accidentes).

Las palabras dulces, son veneno; palabras ásperas, son medicina. (Adulacion y reproche). La negligencia cria sensacion á la deshonestidad.

Los huevos son una cosa cavada; pero al fin salen de ellos los polluelos.

Vale mas ser perro en paz, que hombre en guerra.

Instruccion y agricultura, son las dos principales profesiones.

Una pluma diligente, suple la memoria y los medios.

(Traducido para el Museo, del Fam. Mag. de Nueva-York).

### LO PASADO.

Oh lacrimarum fontem....  
GALVA.

I.

¡Lo pasado! ¿Quién no siente palpitar su corazón al escuchar esta mágica palabra! ¡Lo pasado, que unas veces cual la maravillosa lámpara de Aladdin revela á la alma en medio de sus silenciosas meditaciones, dulces recuerdos de la infancia si es jóven, y si tocada á la vejez, prestigiosas memorias de la ferviente juventud! Lo pasado, que otras y las mas viene á imprimir en nuestras ideas una tinta vaporosa, melancólica, aerea, como el rocío que se desprende de las alas del ángel de la compasion.

Cuando la memoria de lo pasado viene á mezclarse entre los ensueños que agitan mi trabajada fantasia, un sentimiento indefinible se difunde por todo mi sér. Entonces conozo la verdad de estos sentidos versos de Reboul:

En medio del gozo, tiros  
Lanza el dolor con fiereza;  
Tiene placer la tristeza,  
Tiene el deleite suspiros (I).

Los incidentes de mi infancia se vienen á atropellar en mi memoria. Mis juegos de niño; mis deseos en aquella época que muchos llaman feliz porque es la menos desgraciada de la vida; mis pesares infantiles; todo se agrupa y me sumerge en la meditacion. Y luego pienso en mi juventud; en aquella ocurrencia que siempre forma una era en la vida del hombre, en mi primera declaracion de amor. ¡Cuán desgraciado fui! ¡Yo que con toda la efusion de mi alma ofrecí

(I) Traducion de I. Rodriguez Galvan.

á aquella muger las primicias de mi corazón! ¡Pérfida! Parecia aceptar con placer mis juramentos de amor, y se burlaba de mí. ¡Despues de esto, hay quien diga que solamente los hombres son injustos!....

II.

Lo pasado tiene otra razon mas para interesar, y es que nos lanza en el oceano del porvenir. La mente vaga entre la dicha que la esperanza le presenta, cual un oasis en medio de las abrasadas arenas de Sahara, y entre el acibarado presentimiento que le infunden la pasada y la presente desventura. Jamas olvidaré aquella expresion de Buffon: "El primer anuncio de la llegada del hombre al mundo, es un gemido".

Tristo es la creencia de los que nada ven mas allá del sepulcro; sin embargo, ¿serán tan culpables como generalmente se cree, cuando rompen con mano violenta la pesada cadena de una existencia procelosa? No; ellos deberán escitar la compasion, porque en su pecho se desecó la esperanza como agostada flor, porque volvieron la vista á todas partes y se encontraron sin asilío, porque lanzaron un suspiro que se perdió sin eco en el espacio; porque, en fin, te desconocieron, religion santa, único manantial del verdadero consuelo; preligion sublime, en cuyo cándido seno reclinaba su fatigada sien el desgraciado!

Pero no, ¡Dios mio! en mis crueles momentos de amarguras, cuando siento que las fibras de mi corazón van á romperse, cuando siento el hábito impuro de la falsedad y del error, difundirse en torno de mí; mis ojos se elevan hácia tu trono de luz; y tú, estendiendo tu mano paternal sobre mi frente abrasada, me haces ver que despues de un mezquino y efimero tránsito por el mundo, hay un sitio en que el alma del justo y la del pecador arrependido, encuentran una felicidad real, de que apenas pueden tener idea los hijos de la tierra.—F.

### EL PERJURO.

Un bribon usurero negó en presencia del magistrado un depósito que se le habia confiado, violando al mismo tiempo la religion del juramento; su contrario, bien armado, le esperó en un sitio retirado, y no contento con llenarle de improperios, sino que empezó á sacudirle de palos sin misericordia, "pero, hombre" dice el perjuro muerto de miedo, "yo no encuentro motivo para que vd. se desazone; entre vd. y yo se puede hablar con franqueza, y así, ahora que estamos solos, no niego ser cierto el depósito; pero qué necesidad tenemos de que los jueces sepan nuestros asuntos?"



## NECROLOGIA.

## DON JUAN MARIA DESPREAUX.

Es ciertamente desgracia lamentable, que en lo general los hombres que consagran su vida á las ciencias, y que desprendidos de todo egoísmo se dedican á hacer la felicidad de sus semejantes, sean mirados por la mayor parte de éstos como unos hombres inútiles que pasan su vida en frívolas investigaciones, y de consiguiente se vean abatidos y despreciados por los mismos que mejor saben aprovecharse del resultado de sus afanes y vigilias. Todos los siglos nos ofrecen abundantes ejemplos de ello, y nos hacen tambien conocer, que los mismos hombres que vivieron en la oscuridad sin hallar una sola persona que los protegiese, ni que tomara el menor interes en su suerte, despues que una fria losa los ha cubierto, y son ya vanos los elogios, y estériles las alabanzas que se les prodigan, entonces todos desean conocer su vida y perpetuar la memoria de sus acciones. A estos á lo menos se hace una justicia tardía; pero hay otros aun mas desgraciados, que despues de haber pasado su vida en contrariedades y fatigas, mueren oscura y miserablemente, lejos tal vez de su patria, harto dichosos si encuentran siquiera una persona que les consuele en sus últimos instantes. Tal ha sido la suerte del infortunado D. Juan Despreaux, que al fin de dilatados viajes y largos años de dedicacion á las ciencias, ha venido á dejar sus cenizas en un suelo extraño, lejos de su familia y sus amigos.

D. Juan María Despreaux, naturalista, viajero, individuo de varias sociedades científicas, doctor en medicina y socio corresponsal del Ateneo Mexicano, nació en Fougères, Departamento de Ille y Vilaine, antigua Bretaña, el 25 de Diciembre de 1794. Hizo sus estudios en París hasta la edad de 11 años, que comenzó á servir en la marina real, donde permaneció hasta el año de 1811 en el que pasó á la infantería, haciendo en ella todas las campañas del emperador, y acompañándolo hasta su retirada á la isla de Elba.

Vuelto Napoleón de esta isla, tomó de nuevo Despreaux las armas durante los cien días, sin dejarlas hasta el momento en que las tropas es-

trangeras ocuparon la capital de Francia, y el emperador fué llevado á Santa Elena. Entonces Despreaux se retiró á la vida privada, y continuó su carrera literaria hasta recibirse de doctor en medicina, cuya facultad ejerció en París, tomando al mismo tiempo parte en los negocios políticos de su patria. Servía en este tiempo de secretario en una de las asociaciones políticas de la capital, y ayudaba tambien á la redaccion del *Nacional*, que escribía el célebre Armand Carrel.

Sobrevino en esto la revolucion del año de 30: Despreaux volvió á tomar por tercera vez las armas para derrocar á Carlos X, y continuó en el servicio hasta el año de 33, en que el gobierno le nombró, mas bien con el objeto de alejarle de Francia, que con el de honrarle por este nombramiento, miembro de la comision científica enviada á la Morea. Desempeñó su encargo recorriendo la Grecia y parte del África, y de regreso á su patria se halló con una orden del gobierno, que le mandaba marchar á las islas Canarias con otra comision. Hizolo así, recorriendo estas islas y describiéndolas; pero ya no debía volver á su país. Motivos políticos impidieron su regreso, y solo, sin recurso, abandonado de su gobierno, se vió en muy triste situacion, de la que salió, merced á los socorros que recibió de algunos de sus amigos. Viéndose en este estado, se resolvió á pasar á la isla de Cuba, la que tambien cesaminó y describió, y descando siempre, segun decia, recorrer la América y explorar este pais virgen, se embarcó para Veracruz á principios de 1842. Durante su servicio en la marina, habia dado la vuelta al mundo en la expedicion del *Astrolabe*.

Llegado á Veracruz, se puso en camino á pie, por no tener con que hacer el pasaje de otro modo, y llegó á México en el mes de Abril. No era el bullicio de la ciudad lo que él buscaba, sino la soledad y sosiego de los campos, que era donde debía hallar materia para sus investigaciones, y ademas se veia en México sin recursos, por lo que en Septiembre del mismo año marchó con otros compatriotas suyos á la

hacienda del Mayorazgo, con el objeto de extraer la resina de sus montes, para fabricar con ella pisos de betun. Pero á poco tiempo se desavino con sus compañeros, y separándose de la negociacion, fijó su residencia en la dicha hacienda, estimulado por la benévola acogida que habia encontrado en el administrador y su familia.

Establecido ya en la hacienda, se dedicó á estudiar con empeño la naturaleza, á recoger todas las noticias que podia, y á observar las costumbres y trages nacionales, con objeto, segun decia él, de dar á conocer en Europa una nacion que tanto lo merecia.

No era esta su única ocupacion: sus ratos ociosos los ocupaba en dibujar, en ordenar sus colecciones de plantas, y en escribir varios artículos para el Museo Mexicano; pero su mas grata tarea, y que con mas anhelo desempeñaba, era prestar toda clase de auxilios en sus enfermedades, no solo á los operarios de la hacienda, sino aun á algunas personas de las inmediatas. Cualquiera que fuese el tiempo que habia cuando se le llamaba, bueno ó malo, de dia ó de noche, estaba siempre pronto para emplear sus conocimientos en beneficio de sus semejantes, rehusando constantemente con la mayor generosidad, las recompensas que aquellas gentes agradecidas le ofrecian. El desinterés fué siempre la divisa de sus acciones.

Despreaux pensaba continuar recorriendo la república, y aun hizo algunos viajes durante su permanencia en la hacienda; mas desgraciadamente á poco de estar en ella enfermó del estómago: su enfermedad hizo progresos, y despues de muchos padecimientos y de continuas alternativas y recaídas, se decidió á venir á esta ciudad en principios del pasado Octubre, manteniéndose igualmente con varias alternativas, hasta el 27 de Noviembre que espiró.

Era el Señor Despreaux de un carácter amable, de trato fino, y de agradable conversacion. Poseia grandes conocimientos en varios ramos; pero su inclinacion le hacia preferir siempre el estudio de la naturaleza, principalmente la botánica: no se detenia en viajes ni en fatigas, creyéndose ampliamente recompensado de sus trabajos, con encontrar una yerba ó flor desconocida que ofreciese alguna utilidad. He aquí lo que en 6 de Marzo de este año, le escribia de París, Bony Saint-Vincent: "Vd., solo, sin dinero, sin otro recurso que sus conocimientos médicos, y sin el menor estímulo del gobierno, ha viajado diez años por amor de la ciencia, batándose á sí mismo."

Jamas hablaba de nuestro país, si no era para elogiarlo, y si bien conocia nuestros defectos, solo los hacia observar á algun amigo, procurando disculparlos, y no escargándolos y apre-

surándose á darles toda la publicidad posible. En sus artículos se encuentran varias pruebas de ello, y de sus deseos por la prosperidad de la república.

Hombre benéfico, afable, fino y desinteresado, fué apreciado de cuantos le conocieron: su pérdida ha sido muy sensible para sus amigos, que cumplen hoy con un triste deber, consagrando este último homenaje á su memoria. Diciembre 17 de 1843.—J. G. I.

## A MARIA.

¡POBRE niña! ¿por qué lloras?  
¡Por qué en la noche á deshoras  
Yo te escucho suspirar!  
¡Por qué si llamo á tus rejas,  
Cierras ¡oh niña! y te quejas  
Si en ella me oyes cantar?

Dime tú, bella infelice,  
¡Nada mi acento te dice!  
¡No late tu corazón  
Al escuchar mis canciones!  
¡No llama tus ilusiones  
De mi harpa el sentido son!

Tambien mi lecho es de duelo,  
Y de amoroso desvelo  
Testigo mi soledad.  
Cantando mi desventura,  
Paso aquí la noche oscura  
Al viento y la tempestad.

¡Por qué no enjugas tu llanto  
Y en blando y funebre canto  
Te querellas como yo!  
¡Temes que burle tus quejas  
El mundo imbecil que dejas,  
Que despiadado te holla!

Tu eres pura, eras hermosa,  
Con tus mejillas de rosa  
Y tu frente virginal;  
Y blancos sueños cruzaban  
En alas del sueño fueras  
De ese Edén hasta el confin.

Que un mundo bello soñabas  
Donde, reina, dominabas;  
Y de encantado jardín,  
Entre aromadas praderas,  
En alas del sueño fueras  
De ese Edén hasta el confin.

Mentira fué... ¡mas tan bellat  
Tambien caminé en pos de ella,  
Tambien á mi me engaño;  
Y á la vuelta del ensueño,  
Lloré su importuno empeño,  
Y mi frente se arrugó.



De entonces en mi alma pura  
Mis lágrimas de amargura  
Ardientes rodando van;  
Aquese ensueño de gloria  
De un corazón es la historia,  
Que nunca comprenderán.  
¡Quién la flor de tu pureza  
Marchitó, joven belleza!  
¡Quién mancilló tu virtud?  
¡Dónde arrastras la existencia,  
Perdida ya la inocencia,  
Sin honor la juventud!

María... ¡Pobre María! Holló un villano  
Eso tu tierno corazón de fuego,  
Y el hombre, sordo á tu dolor, tirano,  
Rie de tu llanto y te maldice luego.  
No te es dado ¡oh muger! alzar la frente  
Ante esa sociedad que te condena;  
Victima de sus leyes inocente,  
¡Por qué romper osaste su cadena!

A la voz del amor, esa alma pura  
Entusiasmada y ardiente responderá...  
¡Ignorabas que amar es desventura,  
Que al que ama aquí la ingratitude le espera!

No siempre fué mi corazón de hielo,  
Ni marchitas las flores de mi vida;  
Amé también, y en incessante anhelo,  
Vagué, quizá tras ilusiones mentida.

Un mundo ante mis ojos me soñaba,  
Espléndida creación de la esperanza,  
Que aquí en mi mente plácido rodaba,  
Que solo mi alma á comprender alcanza.

Un mundo en que cruzaban misteriosas  
Bellas visiones, que mi sien besaron,  
Do imágenes de gloria, deliciosas,  
Ante mis ojos mágicas pasaron.

¡Qué hallé tras ello! Duelo y amargura,  
Olvido á aversión en lo que amaba,  
Mentira en mis ensueños de ventura...  
Mentira hasta en la fé que veneraba!

¡Y tú, pobre muger! tú, que soñaste  
Amantes mil, amigos y placeres,  
¡Qué al fin de tus ensueños encontraste!  
Ése lecho de duelo donde mueres....

¡Qué eres de hoy mas en la tierra,  
Adonde el pecho se cierra  
Del infortunio á la voz?  
¡Ay! ¡róbros criatura,  
Que lleva en su frente impura  
El sello del deshonor.

Tierno lirio que ha arrancado,  
Y sobre el cino arrojado  
Quiso no le supo precioso;  
Arroyo claro y hermoso,  
Donde el reptil venenoso  
Ponzoña fuera á arrojar.

¡Pobre muger! Nadie llora  
Sobre tu lecho é implora  
Para tí la caridad.  
Ninguno á tu lado vela,  
Ninguno aquí te consuela...  
¡Y creíste en la amistad!

Huyó el padre, huyó el amigo  
Te negaron un abrigo,  
E insultaron tu dolor.  
Y ahora aquí desolada,  
En silencio abandonada,  
Devoras tu deshonra.

¡Cuántas horas de amargura  
En medio la noche oscura  
Pasan, niña, para tí!  
Esas horas de desvelo  
En que yo la faz me velo  
Y vengo á llorar aquí.

María... ¡Podre María!  
Horrible es tu suerte impía,  
Y es horrible tu dolor,  
En tanto, el mundo á tus quejas.  
Pasa cantando, y tus quejas  
Ahoga el sordo rumor.

Veracruz, 1843. — Manuel Díaz Miron.  
(Escrito para el Museo).

#### LA HONRADEZ DE UN JOVEN, Causa un gran secreto.

Mientras los españoles mantenían en 1586 el tenaz asedio de Ambéres, sucedió una cosa de poca importancia, que acaeció un grande acontecimiento.

Estaba enferma una señora de la ciudad, y necesitaba para su cura tomar leche de burras. Como no era posible hallarlas en la plaza, un joven se ofreció á ir por una á los arrabales, no obstante hallarse en poder del enemigo; en efecto, ya traía una, cuando fué apresado y conducido al duque de Parma.

Este general trató con bondad al joven; alabó su honradez, é hizo cargar la burra de pódicos, capones, y de cuanto pudiese ser útil á un enfermo, ordenando que todo se lo llevase á la señora, y diciendo al ayuntamiento y pueblo de Ambéres, que él les deseaba toda suerte de prosperidades.

Esta generosidad inesperada del duque hizo una revolución general en su favor, decidiéndose se el enviarle, á nombre del público, dulces y vinos de la ciudad. Los espíritus se calmaron con estas míticas atenciones, se acotumbraron á pensar que los españoles no eran tan fieros como se creía, y esta opinion evitó muchos males, é hizo que se rindiere la plaza. Este suceso causó tanta alegría á Felipe II, que habiéndole llegado la noticia á media noche, á pesar de lo misterioso y austero que era, fué al cuarto de su hija Isabel, dando golpes á la puerta, y gritando: "Ambéres es nuestra."

## BIBLIOGRAFIA.

### POESIAS

#### DE LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

El tomito que con este título se publicó en Madrid en 1841, es muy digno de atención, así por su mérito, como por la circunstancia particular de ser obra de una señorita que ha sabido realizar sus gracias, citando sus sienes con la hermosa guirnalda de la poesía. Laudable es en un hombre la dedicación á ese ramo delectable de los conocimientos humanos; pero no hallo palabras con que expresar la dulce satisfacción que me causa ver á una señorita que sin descuidar sus obligaciones domésticas, sabe sentir las bellezas de los grandes poetas, estrechecerse con el Dante y suspirar con Petrarca, saborear las dichas de la soledad con el inimitable Leon, y volar á otras regiones desconocidas del comun de los hombres, en alas de la musa que inspiró al cantor del rey D. Sebastian y de la batalla de Lepanto. Y si no contenta con admirar á los grandes ingenios, pulsa también la lira y nos embelusa con su armonía; entoncez es forzoso convenir en que la muger es la obra maestra de la naturaleza, la joya inestimable con que plugo á Dios enriquecer este valle de dolores.

Quisiera que me fuera posible recorrer una por una todas las poesías que contiene la colección á que me refiero, pues ninguna de ellas es indigna de oírse; pero tendré que contentarme con apuntar tan solo algunas de las que á mi ver merecen llamar mas la atención de los amantes de las letras, y copiar, algunos trozos que denidea del gran mérito de la Poetisa Cubana. El conocido literato que suscribe la advertencia á prólogo que acompaña á dichas poesías, juzga de ellas con su acostumbrado tino; y si se hubieran difundido las colecciones por toda la república, seria inútil quizá formar otro juicio crítico, que si es acertado debe forzosamente convenir con el del Sr. D. Juan Nicasio Gallego, autor de la advertencia preliminar; mas como es escaso el número de ejemplares que ha llegado á México, creo necesario despertar la curiosidad de mis conciudadanos, para que busquen y lean tan preciosa colección, pa-

gando así un justo tributo á la que ha sabido escribir su nombre en el templo de la celebridad. La primera composición es un soneto titulado: *Al partir*, que merece copiarse.

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! tu brillante cielo  
La noche cubre con tu opaco velo,  
Como cubre el dolor mi triste frente,  
¡Voy á partir!... La chusma diligente  
Para arrancarme del nativo suelo  
Las velas iza, y pronta á su desvelo  
La brisa acude de tu zona ardiente.  
¡Adios, patria feliz, Eden querido!  
Do quier que en la adela en su furor me impela  
Tu dulce nombre halagará mi oído.  
¡Ay! que ya cruge la turgenie vela,  
El ancla se alza, el buque estremecido  
Las olas corta y silencioso vuela!

La poesía *Al mar*, es notable por sus pensamientos elevados, su versificación sonora y robusta, y por la buena elección del metro que corresponde admirablemente á lo grandioso del asunto.

Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento;  
Por un instante acalla el horrído bramar,  
Y pueda sin espanto medirte el pensamiento,  
O en tu húmeda llanura tranquilo reposar

Del infinito imagen terrífica y sublime  
Concíbete la mente temblando el corazón,  
Tu inmensidad severa con su poder me oprime  
Y comprenderte no osa mi tímida razón.

Del Dios que te creara imitas la grandeza,  
Y se revela al verte su altiva magestad;  
Yo rémulla contemplo tu indómita fiera  
Y pierdome admirando tu eterna soledad.

Espíritu invisible, que reinas en su seno,  
Y oscilacion perpetua le imprimes sin cesar;  
¡Qué dices cuando bramabas terrible como el trueno!  
¡Qué dices cuando imitas doliente suspirar!



¡Al mundo acaso cuentas el tenebroso arcano  
Que en el abismo inmenso sepulta tu poder,  
O luchas blasfemando, con la potente mano  
Que enfrena tu soberbia, segundo Lucifer!

¡O gimes angustiado, con fúnebres lamentos  
La dura ley que rige la triste creación,  
Y cantas á los hombres y cantas á los vientos  
El himno doloroso de eterna destrucción!

*Concluye con estos cuartetos que encierran un pensamiento profundamente religioso:*

Prosigue, mar, prosigue, que pasan con tus olas  
Recuerdos de amargura, recuerdos de placer,  
Y en lontananza velan inmóviles y solas  
Las rocas que resisten tu indómito poder.

Así la fe se eleva, y en lo interior del alma  
Venciendo tempestades conserva su vigor,  
Prosigue, mar, prosigue, y en tempestad ó calma  
Proclama la grandeza de tu inmortal Autor.

En la poesía á la muerte de nuestro Heredia, se nota el ardiente entusiasmo de una alma grande que sabe comprender la inmensa pérdida que hace el mundo, cuando desaparece uno de esos astros brillantes que iluminaba el firmamento de la poesía. Dice la primera estrofa:

Voz pavorosa en funeral lamento  
Desde los mares de mi patria vuela  
A las playas de Iberia, y tristemente  
En son confuso la dilata el viento;  
El dulce canto en mi garganta hiela  
Y muerto deja mi entusiasmo ardiente.  
¡Ay! que esa voz doliente  
Con que su pena América denota  
Tu sonoro en estas playas lanza el Océano,  
Murio, pronuncia el fervido patriota,  
Murio, repite, el Trovador Cubano,  
Y un eco triste en lontananza gime  
¡Murio el cantor del Niágara sublime!

Las octavas al *Géto*, dedicadas al Sr. Gallego, son admirables, y una de ellas es de tal manera perfecta, en mi concepto, que bastaría sin otra muestra para granjear á su autora el renombre de poetisa.

La gloria de Maron el orbe llena,  
Aun suspiramos con Petrarca amante,  
Aun vive Milton y su voz resuena:  
En su querube armado de diamante:  
Rasgando nubes de los tiempos, trueno  
El rudo verso del terrible Dante,  
Y desde el Ponto hasta el confin Ibero  
El son retumba del clarín de Homero.

Citaré por último el soneto á Washington, que para mí es uno de los mas acabados que posee nuestra lengua.

No en lo pasado á tu virtud modelo  
Ni copia al porvenir dará la historia,

Ni el laurel inmortal de tu memoria  
Marchitarán los siglos en su vuelo.  
Si con rasgos de sangre guarda el suelo  
Del coloso del Sena la memoria,  
Cual astro puro brillará tu gloria,  
Nunca empañada por oscuro velo.

Mientras la fama las virtudes cuente  
Del héroe ilustre que cadenas lina,  
Y la cerviz de los tiranos doma,  
Alza gozosa, América, tu frente  
Que al Cincinato que formó tu clima  
Lo admira el mundo y te lo envidia Roma.

Si de este género elevado y grave, pasamos á otro tierno y melancólico, veremos que la señorita Avellaneda pulsa la lira con igual maestría para cantar con el tono robusto de Herrera, que para remedar al *Ruiseñor* que á la luz de la luna y desde la opaca enramada hace resonar el bosque con melancólica armonía.

No prosigas  
Eeshalando  
Tu eco blando,  
Ruiseñor:  
Que asaz saben  
Las estrellas  
Las querellas  
De tu amor.

El silencio  
Me circunda  
De profunda  
Soledad;  
Como cantas  
Calle, calle,  
Tus dolores  
Mis dolores  
Canté yo,  
Que de peñas  
En el hueco  
Triste el eco  
Reptió.

No convides  
Con tu acento  
Mi tormento  
Velador.  
Que á la noche  
Grave pido  
El olvido  
Bienhechor.

En mi frente  
Deja al sueño  
Su beleño  
Sacudir,  
Que hartas veces  
A la luna  
Importuna  
Mi gemir.

La he mirado  
Muda y fría  
Mi agonía  
Contemplar,  
Y la he visto

Luego avara  
Su luz clara  
Retírar.

Y la lumbre  
Venecedora  
De la aurora  
Vi nacer,  
Sin calmarse  
Ni un momento  
Mi violento  
Padeecer.

Como cantas  
Tus dolores  
Mis dolores  
Canté yo,  
Que de peñas  
En el hueco  
Triste el eco  
Reptió.

¡Ay! cual ellas  
Duro el cielo  
Mi desvelo  
Ve cruel,  
Cuando el labio  
Seco apura  
La amargura  
De su hiel.

Tú suspende  
Treguas dando,  
Ruiseñor,  
A tu dulce  
Lengua harpada  
Inspirada  
Del amor.

En la composicion que lleva por título, *A el*, resplandee una exquisita sensibilidad, cesaltada por el amor; y no hay nada que desliza del pudor, que es una de las primeras cualidades que debe tener una muger.

Era la edad lisongera  
En que es un sueño la vida;  
Era la aurora hechicera  
De mi juventud florida  
En su sonrisa primera,

Cuando contenta vagaba  
Por el campo, silenciosa,  
Y en escuchar me gozaba  
La tórtola que entomaba  
Su querella lastimosas.

Melancólico fulgor  
Blanca luna repartía,  
Y el aura leve mecía  
Con soplo murmurador,  
La tierna flor que se abría.

¡Y yo gozaba! El rocío,  
Nocturno llanto del cielo,  
El bosque espeso y umbrío,  
La dulce quietud del suelo,  
El manso correr del río,

Y de la luna el albor  
Y el aura que murmuraba  
Acariando á la flor,  
Y el pájaro que cantaba...  
Todo me hablaba de amor.

Y trémula, palpitante,  
En mi delirio estasiada,  
Miré una vision brillante  
Como el aire perfumada.  
Como las nubes flotante.

Ante mí resplandecía  
Como un astro brillador,  
Y mi loca fantasia  
Al fantasma seductor  
Tributaba idolatria.

Escuchar pensé su acento  
En el canto de las aves;  
Eran las auras su aliento  
Cargadas de aromas suaves,  
Y su estancia el firmamento.

¿Qué sér divino era aquel?  
¡Era un ángel, ó era un hombre!  
¡Era un Dios, ó era Luzbell...  
¿Mi vision no tiene nombre?  
¡Ah! nombre tiene, era *El*!

Para no multiplicar demasiado las citas, por no permitirle las estrechas columnas de un periódico, copiaré por último algunas estrofas de la poesía *A la Virgen*, de esa poesía hermosísima, que revelando el tierno afecto de la poetisa á la Virgen María, es como ese incien-

so de olor suavísimo que vemos humear todos los días en el altar de la Madre de los desgraciados.

Vos, entre mil escogida,  
De luceros coronada;  
Vos de escellos preservada  
En los mares de la vida:  
Vos radiante de hermosura  
¡Virgen pura!

De toda virtud modelo,  
Flor trasplantada del suelo  
Para brillar en la altura:  
Vos la sola sin mancha  
De Adan en la prole insana,  
A cuya voz soberana

Dobla el ángel la rodilla:  
Que venciésteis el delito,  
Y al precito

Querub quebrasteis la frente:  
Vos cuyo nombre potente  
Es en los cielos bendito:  
Vos, que ocupais régio asiento  
En la Sion hermosa y santa  
Y tenéis á vuestra planta

Por alfombra el firmamento:  
Vos que miráis ¡Virgen pura!  
La amargura  
De esta muger solitaria,

¡Ay! escuchad su plegaria  
Desde el trono de la altura.

No he querido copiar nada de las traducciones, aunque son bastante buenas; y entre las composiciones originales quedan otras muchas de raro mérito, como el *Alcázar de Sevilla*, los sonetos *Al monumento del 2 de Mayo*, y en *Una tarde tempestuosa*; la poesía *á Mi madre*, y otras igualmente hermosas.

Descubrimos en la señorita Avellaneda una imaginacion rica y vigorosa, bastante estudio de nuestros antiguos poetas, una delicada sensibilidad, y oido finísimo para la armonía de la versificación. Es cierto que algunas veces quebranta las leyes prosódicas, como en aquel verso de la composicion que lleva por título, la *Poesía*. "Ni sea tu voz por la ambicion comprada," y que incurre en algunos ligeros defectos que darían que decir á un crítico mordaz; pero tan leves manchas desaparecen al lado de bellezas de primer orden, que, como dice el Sr. Gallego, le dan la primacía sobre cuantas personas de su secxo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.

Y vosotras, hijas de México, hijas del país de la inspiracion y de la poesía, imid ejemplo tan esclarecido; cantad, y nuestro nombre, como la cima de vuestras montañas, irá á perderse en los cielos.

México, Diciembre de 1843.—J. N. NAVARRO.